

**CULTURA, IDENTIDAD Y NACIÓN EN LAS OBRAS  
DE FERNANDO ORTIZ Y ANTONIO S. PEDREIRA \***

**CONSUELO NARANJO OROVIO  
(CSIC, Madrid)**

---

\* Trabajo realizado dentro del proyecto de investigación BHA2003-02687 (Ministerio de Ciencia y Tecnología). Agradezco a Michael Zeuske y Josef Opatrný las sugerencias que me hicieron tras la lectura de la primera versión de este texto.

Tras el fin del gobierno colonial español en Cuba y Puerto Rico, aunque el destino de las islas fue muy diferente, permanecieron ciertos factores económicos, sociales y culturales, tanto internos como externos, que permiten establecer paralelismos referentes al modo en que se elaboraron distintos conceptos de nación, y su articulación en torno a diferentes elementos como la cultura y la «raza». La necesidad de fijar y definir sus identidades –Cuba bajo un gobierno militar interventor de Estados Unidos, y Puerto Rico ahora colonia de Norteamérica– reanudó la polémica sobre el papel desempeñado por España en ambos países, en los que se hacía urgente «formar la patria».

En este proceso el papel de los intelectuales, historiadores, literatos y antropólogos fue fundamental ya que en sus manos estuvo la recreación de la memoria histórica a través de la elaboración de las historias nacionales en las que se fijaban, además de los referentes de identidad de cada pueblo, los hechos y figuras sobre los que descansaba la historia nacional. En dichos discursos están presentes las contradicciones del tiempo en que fueron elaborados, las relaciones y lucha de clase, las tensiones raciales, las luchas por el poder, así como el peso y el lugar diferentes que las tradiciones ocupan en los discursos en función de la intencionalidad de cada autor. Para su construcción los intelectuales reflexionaron no sólo sobre el pasado colonial sino sobre el presente y el futuro, es decir sobre la conveniencia o no de mantener las tradiciones heredadas, o acoger nuevas formas y pautas de cultura que alejasen los vicios arraigados en la sociedad, aferrándose, en algunos casos, a la cultura hispana como el principal bastión de la identidad cultural frente al «otro», Estados Unidos. Este acercamiento y reconocimiento del legado español, así como su rechazo, produjeron unas corrientes de pensamiento que trascendieron distintas esferas de la vida social, cultural y política. La hispanofilia e hispanofobia presentes en la literatura, la arquitectura, la política, etc., no pueden entenderse sin

tener en cuenta el contexto general de ambos países en que surgieron; todos los aspectos, desde los culturales y religiosos, a los económicos y políticos tuvieron un peso específico en la aceptación y valoración del pasado y de la cultura española.

En este proceso de construcción nacional y búsqueda de la identidad la mayoría de los intelectuales recurrieron de forma continua a la «raza» como un elemento explicativo de fenómenos sociales, culturales y políticos, actuando, a menudo, como eje de las relaciones políticas, sociales y culturales, y como factor esencial en el diseño y constitución de la sociedad y de la nación, de tal manera que la gran mayoría de los autores, al menos durante las dos primeras décadas del siglo XX, equipararon nación y cultura a «raza», reduciendo la nación a la existencia de una «raza». Para ellos la homogeneidad racial era la condición primordial para la existencia de una nación, el sinónimo de ésta, de ahí los intentos por demostrar la existencia de una «raza» común, que en la mayoría de los casos partían de concepciones exclusivistas y algunos trataron de probar que era únicamente hispana. Desde posiciones diferentes todos ellos trataban de definir la cubanidad y la puertorriqueñidad a partir de la homogeneidad racial, considerando, en algunas ocasiones, el mestizaje como un elemento desintegrador de la nacionalidad y de la nación, y, en otras, minusvalorando u omitiendo las aportaciones culturales procedentes de otras etnias.

El otro factor que pesó en la creación del imaginario en Cuba y en Puerto Rico fue la oposición a Estados Unidos; una oposición que si bien contenía elementos económicos y políticos, se articuló, en gran medida, a partir de la defensa y afirmación de sus culturas. Ello no quiere decir que rechazaran toda la cultura material norteamericana, de la que asimilaron determinados elementos a lo largo de los siglos XIX y XX, sino que nos remite a las estrategias de resistencia a la absorción cultural. Esta postura produjo algunas de las contradicciones que hallamos en los discursos de estos años en los que la tradición hispana y lo esencialmente puertorriqueño o cubano se conjugan con pragmatismo con los conceptos de modernidad y democracia procedentes de Estados Unidos.

En algunos de estos intelectuales su posición contraria a Estados Unidos no conllevó una defensa de la tradición hispana ni, a veces, incluso de la identidad nacional entendida en el sentido que otros autores le daban al rescatar del pasado los rasgos definitorios de la cubanidad o puertorriqueñidad, intentándolos mantener en «su esencia más pura», sin transformación alguna. Por ello, el imaginario creado, basándose en la uniformidad racial y la superioridad del hombre blanco, no es exclusivo del grupo de hispanistas; en él participaron otros intelectuales que pese a sobrevalorar

la llamada «raza hispana» no por ello dejaron de criticar la actuación de la antigua metrópoli y en parte también la herencia colonial.

A través de la cultura hispana como símbolo de la identidad nacional, los autonomistas, representantes de la ciencia y cultura criollas en el siglo XIX o, si prefieren, de la ciudad letrada, los mismos autonomistas que en el siglo XX eran la élite culta y política, trazaron un puente entre la etapa colonial y la república sin apenas ruptura ni discontinuidad. Como resultado de ello, las historias nacionales en cada uno de los dos países fueron historias sólidas, integradas y sobre todo marcadas por un afán continuista. Asimismo, este proyecto, en el que se exalta la unión de la gran familia hispana y se maneja la «raza latina» o «raza hispana» como el elemento que aunaba y hacía posible el reencuentro de los dos mundos, contiene la defensa del pequeño agricultor, del colono blanco como bastión y núcleo de las nacionalidades cubana y puertorriqueña. La defensa de este sistema de producción, de la tierra y del hombre blanco que hizo Ramiro Guerra en *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, de 1924, y en *Azúcar y población en las Antillas*, de 1927, o José Antonio Ramos en la novela *Tembladera*, en 1918, y *Caniquí*, de 1936, o el puertorriqueño Enrique Laguerre en *La llamarada*, en 1935, también la encontramos en los juicios médicos de años anteriores, entre ellos el del cubano Juan Guiteras, quien en 1913 exponía que el hombre sano y equilibrado era el campesinado blanco cubano, asentado en los campos de Camagüey, unos campos de caña y café que no fueron invadidos por los negros, y donde se observa «el tipo más hermoso de la «raza» blanca en Cuba; altos, bien formados, de ojos claros, fina tez blanca, tostada por el sol, y de pelo negro».

Desde la literatura y en la obra de algunos historiadores, la tierra y el campesino fueron tomados como señas de identidad, de ahí que la defensa del campesino, del jíbaro y del guajiro se haga de forma dramática en obras como las de Enrique Laguerre, *La llamarada*; *Solar Montoya*, de 1941; *La resaca*, de 1949, entre otras, en las de Miguel Meléndez Muñoz, o en las novelas del cubano Luis Felipe Rodríguez, como en *La conjura de la ciénaga*, de 1934. En ellas se combinan las denuncias por la expropiación de las tierras en manos de compañías norteamericanas, la desaparición del pequeño agricultor y la expansión del latifundio azucarero, con las representaciones de lo autóctono, que se convierte en sinónimo de la puertorriqueñidad y cubanidad.

Al hilo de lo anterior, es necesario, al menos mencionar, el papel que jugó en la cultura popular el siboneísmo desde mediados del siglo XIX hasta los primeros años del XX en Cuba, así como también en Puerto Rico. A través de esta corriente literaria se rescataba al indio antillano del pa-

sado, se le integraba en el panteón mitológico en el que basaban los orígenes identitarios, y se le incorporaba al imaginario elaborado por la élite blanca en un período muy concreto de la historia del país. La cubanidad, cuyo prototipo lo encarnaba el campesino, era heredera, o estaba compuesta, por los rasgos étnicos hispanos e indios, sin mezcla alguna con la población negra o mulata. En Cuba sus máximos exponentes fueron José Fornaris con sus *Cantos del Siboney*, de 1855, y Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, conocido bajo el pseudónimo de «Cucalambé», cuyas décimas fueron hasta principios del siglo XX unos de los versos más populares de Cuba. A lo señalado hay que apuntar que las características que el siboneísmo asignó al campesino blanco no son las mismas que posteriormente encarnan los campesinos y colonos blancos defendidos en las obras de autores como Ramiro Guerra, aunque ambos prototipos fueron, en distintos momentos, los portadores de la identidad nacional.

En el caso puertorriqueño la defensa del jíbaro como representante de la puertorriqueñidad, descendiente de los españoles y de los indígenas, se mantuvo hasta entrada la década de los treinta, cobrando importancia en algunas de las obras que más influencia han tenido hasta hoy día en la concepción de la identidad borinquen, como es el caso de Antonio Pedreira. El jíbaro fue utilizado como el símbolo del mestizaje (blanco con indio), y como seña de la identidad puertorriqueña; dicho símbolo ha pervivido hasta la actualidad a través de las obras de Manuel Alonso, Salvador Brau, Enrique Laguerre, Luis Llorens Torres o Antonio Pedreira, entre otros. A propósito de la imagen del jíbaro es interesante hacer un breve inciso para demostrar en qué medida esta imagen pervivió, como aparece en la descripción que Luis Araquistain hacía del campesino después de su visita a Puerto Rico, en 1928, en su libro *La agonía antillana*. En esta obra el jíbaro se sigue representando como el descendiente del español cruzado con el indígena, pero nunca con negro; ello le había impreso determinadas características loables a su carácter, como la mansedumbre, la laboriosidad y la capacidad de lucha por mantener la propiedad de la tierra, el bien que le identificaba y le hacía parte de la nación. En el jíbaro centraba Araquistain las esperanzas de independencia, afirmando de forma categórica que el negro no tenía ese sentimiento en el mismo grado que el jíbaro.

Por todo lo descrito, de forma rápida y concisa, a veces es difícil establecer fronteras entre las utopías, los sueños y los imaginarios nacionales ideados por diferentes grupos, ya que algunos de sus creadores participaron de alguna manera en más de uno. Aunque nuestro trabajo no se centra en la valoración de la herencia española en ambos países, al menos hay que apuntar que ésta fue muy diferente en Cuba y Puerto Rico en función de

los autores que se trabajen, y, sobre todo, según los períodos que abordemos. Más allá del reconocimiento de las raíces culturales españolas, por ejemplo en Puerto Rico, el hispanismo les sirvió a algunos intelectuales para marcar su oposición a Estados Unidos, llegando a ser uno de los principales ejes del discurso político a partir de la década de 1920 (1920-1940).

En Cuba el *Diario de la Marina* se encuentra dentro del grupo que podemos denominar como hispanistas, proclamadores de la superioridad moral de la colonización española, cuyo alegato se hizo más intenso a partir de 1898 con la intervención norteamericana y desde el que, en múltiples ocasiones, se llamaba a la concordia y convivencia entre españoles y cubanos «miembros todos de una gran familia, la gran familia latina». Dentro de este grupo están figuras como Mariano Aramburo y Machado y Francisco Carrera Jústiz. Por otra parte, aunque sea de forma muy rápida, es necesario mencionar también a los otros intelectuales que dudaron de la capacidad del pueblo cubano para gobernarse justificando con ello la intervención de Estados Unidos. Este grupo, al igual que existió en Puerto Rico, sostenía que la mezcla racial y la colonización española habían impreso un retraso insalvable en la cultura cubana cuya única solución era la anexión al país del Norte. Joaquín Aramburu, Francisco Figueras o José Ignacio Rodríguez eran cabezas visibles de esta ideología. Una ideología que fue combatida por hombres como Enrique Collazo, Antonio Rioja, Julio César Gandarilla, Enrique José Varona o Rafael María Merchán, cuyas historias nacionales tempranas tienen una finalidad muy concreta al tratar de crear una conciencia nacional a partir del pasado glorioso que iniciaron las guerras de independencia en 1868.

La utilización de las concepciones antropológicas y médicas al conjunto social nos obliga a abordar, en esta primera etapa de la vida republicana, al menos hasta 1910, como pieza fundamental los postulados científicos, culturales y sociales formulados por el antropólogo cubano Fernando Ortiz. Asimismo, su vasta obra y su cambio radical de método y objetivo científicos motivó la participación de este intelectual en la construcción de otros imaginarios nacionales y en la consolidación de la nacionalidad cubana. Ello, además, nos permite ver el modo en que dichos imaginarios fueron creados, el solapamiento, en ocasiones, de unos con otros en los que sus fronteras a menudo son vagas y etéreas, y nos habla de las elites económicas e intelectuales que auspiciaron la creación de dichos imaginarios. La participación de Fernando Ortiz, o mejor dicho la incorporación de las ideas de Ortiz como elementos básicos a partir de los cuales definir la identidad cubana se realizó en momentos diferentes y muy diferenciados, marcados por el cambio y la evolución de su pensamiento que desde el positi-

vismo fue adquiriendo otras posiciones en las que primó el concepto de cultura y el análisis científico. La correlación entre «raza» y criminalidad sólo se observa en Ortiz en los primeros años de su andadura intelectual; en uno de sus primeros trabajos, de 1906, que sin duda es el más emblemático de esta etapa, *Hampa Afro-Cubana. Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de etnología criminal)*, resalta la importancia del factor étnico en la constitución de la sociedad y en la consolidación de la nacionalidad. En su definición del hampa cubana Ortiz asumió la existencia de «razas» inferiores y superiores y la definición del delito como consecuencia de un atavismo, de una degeneración y una regresión al salvaje. Para él la inferioridad del negro y su primitivismo salvaje eran la explicación de su conducta delictiva. Al igual que algunos de sus maestros e intelectuales españoles, como Giner de los Ríos, Concepción Arenal y Pedro Dorado Montero, Ortiz pronto comenzó a distanciarse del positivismo italiano y de sus teorías en torno al determinismo biológico, indicando la necesidad de incluir en sus estudios sobre la formación étnica y cultural del pueblo cubano los factores sociales como determinantes, junto a los antropológicos, de la «mala vida» de cada país. Para él el análisis de los fenómenos sociales era imprescindible para comprender la historia.

La evolución del pensamiento de Fernando Ortiz produjo una radical modificación en sus planteamientos, metodología de trabajo y objetos de estudio. Sus investigaciones hicieron que en un espacio muy corto de tiempo navegara desde posiciones lombrosianas a actitudes más abiertas en las que el positivismo dejaba paso al análisis científico de la sociedad y de los individuos. En esta nueva posición Ortiz arremetió, ya en 1910, contra el panhispanismo y contra el término «raza». A pesar de ello, Ortiz manifestó y dio pruebas reiteradas de que su posición no era tanto contra España, contra sus tradiciones, su cultura y su pueblo, como contra determinados sectores políticos o intelectuales que seguían considerando a Cuba como una tierra a conquistar, o bien no valoraban ni entendían la identidad cubana. Criticó el concepto de «comunidad histórica» manejada por el panhispanismo, así como la posición de algunos intelectuales españoles que seguían recordando las «gestas hispanas» sin tener en cuenta los problemas y la sensibilidad de los pueblos americanos y proponía un acercamiento entre ambos países a partir de la cultura y la civilización.

La negación desde temprano del término «raza» como categoría social, cultural o étnica le condujo a oponerse a quienes a partir de la «raza» querían construir un pasado, un presente y un futuro común. Su definición de cultura y su dedicación a la ciencia como la única capaz de hacer avanzar a los pueblos y conducirlos al progreso y a la modernidad estuvo presente

en el diseño de la nación y de las relaciones entre España y Cuba, en las que la ciencia y la cultura tenía que jugar, y jugó, un papel medular.

Tanto los cubanos Ortiz y Ramiro Guerra como el puertorriqueño Antonio Pedreira, desde distintas concepciones e interpretaciones, acudieron al pasado con el fin de recrear la memoria histórica mediante un proceso que fuera aglutinador y, en algunos casos, armónico. En esta tarea Ortiz, con gran formación en sociología y antropología, revisó de forma minuciosa los pasados de España y Cuba con el fin de rescatar los fundamentos en los que descansaba la nacionalidad que lentamente se había ido fraguando durante siglos. Apela a la historia, busca en las leyendas, tradiciones, usos, tipos y costumbres, todos los elementos que desde esta perspectiva y tratamiento igualitario le permitan construir una memoria histórica, en la cual tenían cabida los distintos elementos que habían interactuado en la formación nacional. En muchos casos esa búsqueda del pasado la hace desde el presente, como cuando resalta la importancia de fijar en el papel las supervivencias africanas actuales, y exhumar las que fueron, antes que el transcurso del tiempo las acabe de pulverizar y extravíe su recuerdo.

Compartió inquietudes similares con otros destacados intelectuales preocupados por la corrupción, la pérdida de valores morales, la decadencia cultural, la degeneración moral, la expropiación de las tierras y, en definitiva, por la pérdida de soberanía. Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Francisco Ichaso fueron algunos de estos intelectuales, quienes participaron en empresas culturales y literarias como fueron las publicaciones *Cuba Contemporánea* (1913-1917), la *Revista de Avance* (1927-1930), y la revista *Social* (1923-1933 y 1935-1938). Desde la antropología y la historia Ortiz persigue demostrar la unidad del pueblo cubano a partir de la heterogeneidad de todas las culturas y etnias, mediante el proceso de transculturación, como medio indispensable para conseguir el fin último que este grupo se propuso, esto es, la integración nacional y el robustecimiento de la soberanía nacional. Para lograr su objetivo Ortiz apela continuamente no sólo a la necesidad de conocer su historia y de aceptar su pasado como parte integrante de la cultura y la sociedad actual cubana, sino también a la necesidad de enseñar y educar a los ciudadanos.

En su libro *Entre cubanos*, que recoge artículos aparecidos entre 1906 y 1911, señala la educación como la vía que posibilitaría la formación de una sociedad con un cierto grado de cultura, que fuera capaz de crear una nación sólida y fuerte, que pudiera estrechar la mano con Estados Unidos en igualdad de condiciones. Al igual que algunos de sus maestros españoles e intelectuales hispanos contemporáneos, Ortiz señalaba que la educa-



ción y la ciencia eran los instrumentos básicos con los que el pueblo cubano tendría que luchar para fortalecer y consolidar su «nacionalidad agonizante». Asimismo, Ortiz llamaba la atención sobre otros factores que contribuirían a mantener y consagrar la nacionalidad y soberanía como eran la nacionalización de las materias primas, la división de las tierras, la diversificación agrícola, la enseñanza y divulgación de las técnicas agrícolas entre los campesinos, así como la nacionalización de los inmigrantes, ya que era la vía que posibilitaba su participación en la vida nacional.

A diferencia de otros intelectuales latinoamericanos de su época, Ortiz supo conceptualizar la cultura no en función de la «raza», como era habitual en la época, sino a partir del estudio de los pasados y del análisis y valoración de cada uno de los componentes que se encontraban en la cultura hispano, africano y asiático, fundamentalmente- definiendo la cubanidad como una categoría de cultura; una cultura en la que la fusión de todos los aportes étnicos de la isla desembocaba en la integración de todas las fuerzas sociales que formaban parte de Cuba y de su nacionalidad.

Para entender su obra y sus fines tenemos que tener en cuenta que fue un intelectual nacionalista, regeneracionista, y con un fuerte compromiso político. Como regeneracionista prestó especial atención a la educación y a la cultura como elementos claves de avance de los pueblos, como nacionalista y hombre comprometido mantuvo siempre una honda preocupación por que la sociedad cubana alcanzase la integración étnica y cultural, la cual consideraba punto de partida para edificar la nueva sociedad. Ello es el motivo de que su obra esté cargada de patriotismo y civismo. Todos estos elementos, educación, regeneración, integración de blancos y negros, cultura... son los que le permiten a Ortiz reafirmar la identidad nacional como un conjunto integrado y cambiante, en pleno cocimiento como era el ajiaco, un guiso típico cubano con el que comparaba la formación continua, mixta y cambiante de la nacionalidad cubana.

El rescate del pasado cumple dos funciones diferentes en las obras de Ortiz y Pedreira, por una parte les sirve para fundamentar sus proyectos sociales y culturales y, por otra, los legitima. Pero a diferencia de otros autores, Ortiz no asienta la nacionalidad en una comunidad histórica sino en la evolución de todas las comunidades que en algún momento habitaron el suelo cubano; utiliza la historia y la recreación del pasado para legitimar la nacionalidad presente y su proyecto cultural. El tratamiento igualitario de todos los componentes de la historia de Cuba le ayudaban a generar la visión armónica y homogénea de la sociedad cubana por la que tanto abogó. Sin embargo, con su rescate también ayudó a que se edificasen otros imaginarios en los que el elemento africano fue destacado del conjunto, y, con

posterioridad, se le ha querido dar una proyección que no se correspondió en todas las esferas con la realidad.

En el caso puertorriqueño la *Generación del Treinta* reflejó en la literatura, la historia y la política sus anhelos y temores. La debilitación de la identidad nacional, el peligro de la desintegración de Puerto Rico como nación, la lucha por la soberanía nacional, la defensa del campesino desplazado de sus tierras, fueron factores que convergieron en medio de una aguda crisis económica y que mostraron la necesidad de crear y consolidar un proyecto cultural articulado en torno a la identidad puertorriqueña. Dicho proyecto tendría 3 fases: definición y refuerzo de la identidad cultural; robustecimiento de la identidad nacional; y fortalecimiento de la conciencia nacional, de la nación.

Los intelectuales puertorriqueños de esta generación reconstruyen un pasado limitado al siglo XIX, ya que es el período en el que enmarcan el afianzamiento de la cultura nacional en manos de una elite culta, en su mayoría hacendados, y con posiciones autonomistas. Dicha reconstrucción le sirve a Antonio Pedreira para establecer el proceso de formación y diferenciación de la cultura nacional de la cultura española, y para marcar las consecuencias de 1898 sobre la identidad y la conciencia nacional. A pesar de que la invasión norteamericana es considerada como un momento de ruptura en la continuidad de esa identidad, Pedreira reivindica el mantenimiento de la misma dentro del proceso evolutivo de la formación del pueblo puertorriqueño; un proceso continuo que, como la evolución, siguió, aunque a diferentes ritmos. Para Pedreira, como para otros intelectuales de esta generación, el fortalecimiento de la identidad tenía que hacerse a través de un proyecto cultural; éste fue el imperativo de este grupo, que a diferencia de otros anteriores jugó un papel decisivo en el debate en torno a la nación, combinándose el proyecto político-nacional, con el proyecto cultural, aunando la nación con la cultura como rasgo de identidad.

Al igual que en el caso de Fernando Ortiz, Antonio Pedreira conocía perfectamente el ambiente cultural español, donde realizó el doctorado, al igual que otros puertorriqueños como Margot Arce en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y con cuyos integrantes, además, mantuvo una intensa relación, que destaca en otra de sus obras, *Aristas*, escrita en 1930. Al igual que Ortiz, estuvo en contacto con los pensadores, historiadores y artistas españoles más destacados de su siglo, reconociendo y valorando la tarea de renovación científica y apertura que se había iniciado con la Institución Libre de Enseñanza, en 1874, cuya obra consiguió consolidarse con la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de Madrid, de 1907. En esta Junta estuvieron integrados varios de los histo-

riadores que visitaron ambas islas en un activo intercambio académico. Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso, Juan Ramón Jiménez, Ramón Menéndez Pidal... fueron algunos de los intelectuales procedentes del Centro de Estudios Históricos que trabajaron y colaboraron con la Universidad de Puerto Rico. Algunos de ellos también lo hicieron con la Universidad cubana y, en concreto, con la Institución Hispano Cubana de Cultura creada por Ortiz en 1926. A todos ellos Pedreira los califica como hombres integrantes de la España Nueva. Este reconocimiento de la historia y de la cultura española, de sus aspectos positivos y renovadores está presente en toda la obra del intelectual puertorriqueño, escrita con una intencionalidad nacionalista y política muy concreta. Ello condicionó su análisis del sistema colonial hispano, pese a que reconocía que uno de los males de la cultura puertorriqueña era el estado de colonijaje continuo en el que siempre estuvo.

Antonio S. Pedreira trató de definir la cultura y la nación a partir de los elementos dispersos e íntimos que estaban ausentes de las historias oficiales. *¿Cómo somos y qué somos los puertorriqueños?* eran las preguntas a través de las cuales se trataba de sistematizar y definir los rasgos definitivos de la identidad como vía de afirmación nacional. La encuesta que contenía estas y otras preguntas y que fue publicada en la revista *Índice* (1929-1931) –coetánea y con preocupaciones similares a otras que se publicaban en Cuba como la revista *Avance* (1927-1930), con cuyos miembros compartían preocupaciones similares, y con quienes tenían relación–, era una muestra de las preocupaciones y del quehacer de la generación del treinta puertorriqueña encabezada por Antonio S. Pedreira para quien la cultura era el bastión del sentimiento nacional, y de la nacionalidad. Desde Cuba algunos pensadores, como el propio Fernando Ortiz, enviaron notas de felicitación por la aparición de *Índice*. Además de esta revista, pionera y reseña del grupo, la llamada Generación del 30 contó con otros órganos de expresión que sucedieron a dicha revista: *Brújula* (1934-1937), *Ámbito* (1934-1937), y *Ateneo Puertorriqueño* (1935-1940).

Los objetivos de este grupo aparecen en *Índice*: «Vamos a definir concretamente nuestra situación, a orientar nuestra vida... que nos permita conservar lo que tenemos y recuperar lo que perdimos».

En 1934, en el libro titulado *Insularismo*, Pedreira delimita y define el imaginario nacional que quiere crear:

«Voy buscando, intuitivamente, la significación oculta de los hechos que marcan la trayectoria recorrida por nuestra vida de pueblo... Estas páginas, pues, no aspiran a resolver problema alguno, sino más bien a plantearlo... A la larga, el tema responde a un ¿cómo somos? o a un ¿qué so-

mos? los puertorriqueños globalmente considerados. Intentamos recoger los elementos dispersos que laten en el fondo de nuestra cultura».

La obra de este autor se nutre en los escritos de intelectuales del siglo XIX como Salvador Brau. Como él, Pedreira concedió un papel hegemónico a la historia, a la «raza hispana» como factor de civilización contra la barbarie de los otros pueblos, taínos y africanos, y a la conquista y colonización españolas. Como él, se supeditó al Estado colonial de la isla buscando las vías que garantizaran su pervivencia como nación y aceptando como componentes de la identidad cambiante puertorriqueña los elementos legados por el colonialismo español y por Estados Unidos. Su profunda preocupación por lo que él denominó en *Insularismo* como «horas de aguda crisis para nuestra cultura» le llevó de manera urgente a reafirmar el pasado inmediato, en el que el pueblo había logrado fraguar una identidad, como medio de luchar contra el estado dual que atravesaba el pueblo, la cultura y la «contextura moral» puertorriqueña. Para él, la existencia de un alma puertorriqueña, aunque fragmentada y dispersa en el siglo XIX, era suficiente para acometer la defensa de la identidad frente al proceso asimilista norteamericano.

Como en otras obras e historias de Cuba elaboradas por Ramiro Guerra o Vidal Morales, en el discurso de Pedreira «lo autóctono» es el eje vertebrador de la nacionalidad, lo cual trae como consecuencia que este autor nos transmita una imagen integradora de la sociedad y de la historia puertorriqueña, que a su vez hereda de otros autores. La música, la poesía, la prosa o la pintura reflejaron y ayudaron a elaborar el mito de una sociedad pacífica e idílica, con una fuerte carga de paternalismo, agrupada en torno a «la gran familia», identificada en el siglo XIX con la patria, como indica Ángel Quintero Rivera. Para Pedreira, como para Salvador Brau, el estudio de la historia les sirve para demostrar que todos los elementos y sectores constitutivos del pueblo se fueron armonizando en torno a la gran familia; una gran familia bastante uniforme, pese a reconocer la variedad de sus elementos étnicos, los cuales son valorados de acuerdo a las teorías pseudocientíficas dominantes, que estratificaban a los pueblos en función de su grado de evolución, tomando como paradigma de la misma al hombre blanco.

Estas ideas están presentes en la obra de Antonio Pedreira, en la que define al puertorriqueño como un pueblo mestizo, y en la que encontramos referencias continuas no sólo a las «razas» superiores e inferiores, y a los cruzamientos, que denomina «confusión», sino también al atavismo salvaje como factor retroceso en las poblaciones, sobre todo en lo que él llama «grifo» (el cruce del negro con el mulato). A pesar de estos cruzamientos, Pedreira mira con optimismo a la población puertorriqueña pues

dice que la presencia mayoritaria de blancos atempera el carácter y posibles atavismos de elemento negro. Admitiendo el mestizaje, el determinismo biológico le lleva a presentar al puertorriqueño como un pueblo de psicología «mezclada y equívoca», en el que se entremezclan la racionalidad y la inteligencia europea con la indecisión y el sentimiento mágico del africano. Estas serían las fuerzas repelentes que retrasaron la formación del pueblo. Asimismo, la nostalgia, la tristeza y el aplatanamiento impuestas por la geografía y el clima, completaban la definición del carácter y la psicología. En el presente, a través de la geografía, de los cambios ocurridos en el paisaje, trata de demostrar el estado de transición histórica en el que vivía Puerto Rico. Frente a este determinismo geográfico Tomás Blanco responde, en 1935, en *Prontuario histórico de Puerto Rico*.

La misma idea uniforme y armónica de la sociedad y del pasado la encontramos en las novelas, poemas y pinturas que nos trasladan a unos parajes idílicos en los que el jíbaro, otro de los grandes baluartes de la nacionalidad puertorriqueña, que algunos autores calificaban como un hombre blanco sin mezcla alguna, vivía en armonía con la naturaleza y con la sociedad, trabajando, como lo habían hecho sus antepasados, la tierra que era de su propiedad. Como ya señalamos, la tierra, como en el caso de Cuba, era otro de los elementos fundamentales de la identidad. La construcción idílica de la identidad puertorriqueña que hace Pedreira, fundamentalmente en *Insularismo* y también en *La actualidad del jíbaro*, de 1935, es posible por la ausencia, que él comenta, de conflictos de clase y conflictos raciales, factores que deben ser tenidos en cuenta como elementos integrantes y articuladores de las identidades nacionales. En dichas obras, tan sólo alude a algunas fuerzas biológicas disgregantes y contrarias que habían retrasado la formación definitiva de los modos del pueblo.

La inmediatez en los objetivos que los intelectuales tuvieron en ambos países, al menos los que desarrollaron su obra en los años 20 y 30, su profundo sentimiento nacionalista y su preocupación por el Estado y futuro de la identidad y la soberanía de los pueblos puertorriqueño y cubano, les empujaron a afianzar su cultura como símbolo de su nacionalidad. El pasado les sirvió para elaborar su proyecto nacional, aunque a veces se apeló a un pasado idealizado; asimismo, a menudo se elaboran imaginarios excluyentes como base para redescubrir y afianzar sus identidades sometidas a cambios. Los intelectuales puertorriqueños, con gran pragmatismo, eran conscientes que sólo podían hacer frente a dichos cambios con una base cultural sólida desde la cual los irían incorporando; algunos de ellos incluso creyeron que la cultura les conduciría a todas las formas de independencia. Apelar a la historia como la fuente donde se encontraban los fundamentos de

sus culturas con el fin, nos dice Pedreira, de dar «al porvenir un sentido netamente puertorriqueño».

Los textos de Pedreira, sobre todo *Insularismo*, aportaron nuevas visiones de concebir la nación y la identidad. Aunque la aproximación e interpretación del pasado y de la historia es muy diferente en Pedreira y en Ortiz, la afirmación de la nación y de su integridad a partir de la cultura, ha motivado que las obras de ambos intelectuales, durante mucho tiempo, se hayan proyectado y contemplado sin crítica alguna. Sus ideas, estereotipos e imágenes fueron incorporadas no sólo a la «historia oficial» tras su aceptación y uso por historiadores, antropólogos, sociólogos o literatos, sino también a la mentalidad popular, esto es, a la manera de concebirse a sí mismo el pueblo cubano y puertorriqueño, y de proyectarse al exterior.

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ÁLVAREZ RAMOS, Pedro, «Reflejos en torno al discurso histórico “trentista”. El siglo XIX puertorriqueño en el *Insularismo* de Antonio S. Pedreira», *Revista de Estudios Hispánicos*, año II, núm. 15, 1995, pp. 237-251.
- ARAQUISTAIN, Luis, *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe*, La Habana, Ed. T. Lex, 1961.
- BLANCO, Tomás, *Prontuario histórico de Puerto Rico*, Madrid, 1935.
- *El prejuicio racial en Puerto Rico*, San Juan, 1948.
  - *Sobre Palés Matos*, San Juan, 1950.
- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio, «El enemigo íntimo: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira», *Op. cit.*, 7, 1992, pp. 9-68.
- «Salvador Brau: la paradoja de la tradición autonomista», *La Torre*, año VII, núms. 27-28, 1993, pp. 395-414.
  - *La memoria rota. Ensayos sobre altura y política*, Río Piedras, Huracán, 1996.
- FERNÁNDEZ VALLEDOR, Roberto, *Identidad nacional y sociedad en la ensayística cubana y puertorriqueña 1920-1940*, San Juan, 1993.
- FORNARIS, José, *Cantos del Siboney*, La Habana, 1855.
- GELPÍ, Juan, *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, San Juan, EDUPR-ICP, 1993.
- GUERRA, Ramiro, *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, La Habana, 1924.
- *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, 1961.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Max, *Panorama histórico de la literatura cubana, 1492-1952*, 2 ts., New York, Las Americas Publishing Co., 1963.
- LAGUERRE, Enrique, *Obras Completas*, San Juan, 1962-1964.
- LE RIVEREND, Julio, *Órbita de Fernando Ortiz*, comp. y prólogo de J. Le Riverend, La Habana, 1973.

- LÓPEZ-BARALT, Mercedes (ed.), *Sobre ínsulas extrañas. El clásico de Pedreira anotado por Tomás Blanco*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2001.
- LÓPEZ LEMUS, Virgilio, «Juan Cristóbal Nápoles y Fajardo, el decimista», Virgilio López Lemus, *La Décima Constante. Las tradiciones oral y escrita*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1999, pp. 72-90.
- LUQUE, M.<sup>a</sup> Dolores y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (eds), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC-UPR, 2002.
- NARANJO OROVIO, Consuelo, «Cuba, 1898: Reflexiones en torno a la continuidad y a los imaginarios nacionales», *Cuadernos de Historia Contemporánea* (Dossier: 1898: España fin de siglo), núm. 20, 1998, pp. 221-234.
- «La Historia se forja en el campo: nación y cultura en Cuba en el siglo XX», *Historia Social*, núm. 40, 2001, pp. 153-174.
  - y Armando García, *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX*, La Laguna, Tenerife, 1996.
  - y Miguel Ángel Puig-Samper, «Delincuencia y racismo en Cuba: Israel Castellanos versus Fernando Ortiz», Rafael Huertas y Carmen Ortiz (eds.), *Ciencia y fascismo*, Madrid, 1998, pp. 11-23.
- ORTIZ, Fernando, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, París, 1910.
- *Hampa Afro-Cubana: los negros esclavos*, La Habana, 1916.
  - *Hampa Afro-Cubana. Los negros brujos (Apuntes para un estudio de etnología criminal)*, Madrid, Editorial América, 1917 (segunda edición).
  - «Cultura, no raza», *Revista Bimestre Cubana*, vol. XXIV, núm. 5, La Habana, 1929, pp. 716-720.
  - «Los factores humanos de la cubanidad», *Revista Bimestre Cubana*, vol. XIV, núm. 2, La Habana, 1940, pp. 161-186.
  - *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, La Habana, 1940.
  - *El engaño de las razas*, La Habana, 1946.
  - «Panhispanismo», *Revista Bimestre Cubana*, vol. LXX, La Habana, 1955, pp. 55-59.
  - *Entre cubanos. Psicología tropical*, La Habana, 1986 (La primera edición es de 1909).
  - *Estudios etnosociológicos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- PEDREIRA, Antonio S., *De los nombres de Puerto Rico*, 1928.
- *Aristas. Ensayos*, Madrid, 1930.
  - *Bibliografía puertorriqueña (1493-1930)*, Madrid, 1930.
  - *La actualidad del jíbaro*, 1935.
  - *El periodismo en Puerto Rico. Bosquejo histórico desde su iniciación hasta 1930*, La Habana, 1941.
  - *Insularismo: Ensayos de interpretación puertorriqueña*, San Juan, 1942 (en 1943 se publicó en Madrid).

- *El año terrible del 87. Sus antecedentes y sus consecuencias*, San Juan, 1948.
  - *Obras de Antonio S. Pedreira*, San Juan, 1970.
- PUIG-SAMPER, Miguel Ángel y Consuelo Naranjo, «Fernando Ortiz: herencias culturales y forja de la nacionalidad», Consuelo Naranjo Orovio y Carlos Serrano (eds.), *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, Madrid, 1999, pp. 192-221.
- QUINTERO RIVERA, Ángel G., *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*, Río Piedras, Ed. Huracán, 1988.
- RAMOS, José Antonio, *Tembladera*, La Habana, 1918.
- *Caniquí*, La Habana, 1936.
- RODRÍGUEZ, Luis Felipe, *La conjura de la ciénaga*, La Habana, 1934.
- *Marcos Antilla. La tragedia del cañaveral*, La Habana, 1963.
  - *Ciénaga y otros relatos*, La Habana, 1984.
- RODRÍGUEZ CASTRO, M.<sup>a</sup> Elena, «Tradición y modernidad: el intelectual puertorriqueño ante la década del treinta», *Op. cit.*, n.º 3, 1987-1988, pp. 45-66.